

EVOLUCIÓN DE LA GUERRERA LOCA DEL CAMINO

Jeannette Silva Zumelzu



PURRANQUE
2020

Registro de Propiedad Intelectual:

ISBN:

Editorial grafitti, un proyecto de la Fundación Dharma Chile

Purranque

www.dharmachile.org



Evolución de la Guerrera Loca del Camino

Los relatos de este libro están escritos en orden cronológico y muestran el tránsito de una mujer purranquina, periodista que por razones de estudio tuvo de residir más de 10 años en Temuco, lugar donde conoció la amistad, el amor y el desamor, también los extravíos.

Pero es una sobreviviente, luchadora innata e incansable que trata de dejar un mensaje constructivo para aquellas mujeres y hombres que emprenden el vertiginoso tránsito de la vida con todos los sentimientos que aquello implica.

Mi nombre es Jeannette Silva Zumelzu y les expongo a través de estas líneas parte de mis sentimientos, de mis ideas y de mis esperanzas. Hoy Junto a mi

familia compuesta por mi hija Sayen Amatista, mi madre Carmen y mi Tía Betty estoy comenzando ya la segunda parte de este trayecto de la vida, después de los 40 años.

Estoy tranquila, estoy contenta y los invito a compartir mensajes que pueden reflejarlos en parte.

Voluntades cósmicas

La única explicación, no completamente racional, para que yo y Oscar nos conociéramos, es que, las voluntades cósmicas, las leyes misteriosas que guían el curso del universo y que son accesibles tan sólo para unos pocos elegidos, estaban confabuladas para que esto ocurriera.

Oscar habitualmente no compraba cigarrillos, y si lo hacía, no pasaba frecuentemente a una disco, mucho menos a la disco en que nos conocimos. Sin ánimo de ofender a nadie, y con mucho cariño por ese lugar, debo admitir que hay discos mucho mejores.

Yo, por mi parte, y aunque frecuentemente salgo a bailar, ese día no tenía muchas ganas de hacerlo. Y, además, muy rara vez, salgo porque una

amiga está bajoneada y quiero subirle el ánimo (debo reconocer que mis motivos para actuar son mucho más egoístas).

Bueno, mi amiga y yo salimos a bailar... bailábamos solas, cuando un chico se acercó para bailar con ella. Ante lo cual yo respondí, entre señas, claro, "sí, baila con ella no más".

No conforme con esta amable respuesta, el individuo en cuestión, osó tomarme del brazo y señalarme a un amigo para que yo bailara con él.

Generalmente dejo pasar este tipo actitudes y me dejo llevar por las circunstancias y el momento, aunque no lo desee mucho. Pero ese día era especial: yo, en un ataque de rabia ante tan descortés modo de comportarse, retiré bruscamente mi brazo de su mano y le dije algo así como: "Oye, ¡ya! Baila con ella no más. Yo no quiero bailar".

- Miré amablemente, lo más que pude, en realidad, a su amigo y le dije que no iba a bailar.

Me fui a sentar para pensar y dejar fluir mis emociones después de esta penosa escena y como aún estaba nerviosa, bajé al baño y a pedir un vaso de agua. Volví a sentarme y me contemplé introspectivamente: aún estaba muy airada por la situación, me decía a mí misma, "qué se habrá creído ese ser para tratarme como un bulto con el cual cualquiera puede bailar (entre paréntesis, bailo muy bien).

Me encontraba yo en mis cavilaciones varias, cuando de pronto asoma un individuo en una pose un tanto reverencial. Estaba encorvado y extendiéndome la mano. Y me dijo con los ojos bien abiertos y una sonrisa evidente algo así como: "quieres bailar?" ó "bailemos" ó "quisieras concederme

esta pieza de baile?". Bueno, la idea ya se entendió. Me sorprendí ante su expresión tan alegre. Yo me encontraba aún ensimismada en mi ira. ¿cómo no me iba a sacar de foco una expresión como esa? Me pareció simpático así que accedí.

Después de un rato de baile y de contemplación mutua, comenzamos a hacernos las preguntas de rigor. Nombre, ocupación, etc. Y cuando llegamos al punto en que yo estudiaba psicología, él esbozó una sonrisa entre sorprendida y coquetona y me dijo algo así como: ¡Uf! son terribles las psicólogas! Él ya me había comentado que había estudiado agronomía y que había pololeado con una chica que estudiaba psicología. Ante su comentario yo le respondí: "tú tienes una ventaja sobre mí. Yo nunca he

pololeado con alguien que estudie agronomía" (continuará).

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

Sueños dormidos

Nos dijimos muchas cosas en la disco. Y la mayoría de sus comentarios me daban a entender que tenía otro roce social distinto al mío. Me dio risa cuando me dijo que trabajaba en Puerto Montt y que tenía un amigo. Yo le pregunté, un tanto irónicamente, si era de apellido "Egelainer" (pido disculpas, pero no es relevante para la historia saber cómo se escribe). Entonces me miró sorprendido y me preguntó: "Lo conoces!?". Yo me sonreí y le dije que como había muchos alemanes, esa clase de apellidos era muy común.

Seguimos bailando y luego de un rato me invitó a unas carreras al día domingo siguiente, a las 3 de la tarde. Yo le dije que lo pensaría y cuando volvió a preguntarme le dije que sí.

Me había olvidado que tenía que juntarme con una compañera para hacer un trabajo (un informe de WAIS). Y cuando lo recordé, le expliqué que no podía ir. Me insistió bastante y le dije que después le daría una respuesta.

Bailamos un lento, una canción de Leonardo Favio. Y le comenté que me recordaba mucho a mi padre aquel cantante. Me dijo que tenía muchos discos de Favio. Y le dije que no lo recordaba por su música. Sino por su aspecto.

Salimos de la disco y el niño que bailó con mi amiga la acompañó hasta la casa. Oscar me preguntó si quería que me fuera a dejar. Yo respondí con un "ya". Él dijo, "pero a pata no más". Yo no estaba "ni ahí" con que fuera en auto o a pata. De hecho, no le di mucha importancia a sus comentarios sobre algo relacionado con plata o dinero.

Para mí, era sólo una persona y creo que le quedó claro que no me importaba si tenía dinero o no.

Salimos. Y le pedí su brazo. Me gusta mucho andar del brazo. Me dijo "suyo" y caminamos.

Seguimos caminando y conversando de las "cototumas" de la vida y cosas varias. Supongo, hasta que llegamos a un servicentro para comprar una cerveza. Estaba cerrado, pero se suponía que iban a abrir así que esperamos. Ese fue el comienzo de mi vuelo por mis sueños dormidos; él comenzó a hablar de las fiestas que se hacían hace muchos años en una casa antigua que hoy en día es un museo. Y a mí, siempre me ha llamado la atención la época del 1900 hacia atrás. Así que me quedé pensando en esas fiestas; ya me veía con un vestido largo y el cabello tomado dejándome algún mechón

delante de la oreja, como las damas que se veían en esos años.

Hablamos de sus padres. Del mío. De sus abuelos. Contemplé con mayor detenimiento sus ojos que tienen un color entre verde y café. Creo que le dije que me parecían bonitos. Me habló de sus apellidos. Del campo. De sus anteriores pololas. Y allí salió a relucir algo que realmente me pareció interesante. Tenía un buen recuerdo de todas ellas. Y me sorprendió porque era uno de los pocos hombres que no estaban "cagados" por una mujer (o por lo menos no por una polola).

Nos aburrimos de esperar y como ya era tarde seguimos camino a la casa, aún del brazo. Me habló de su hermano y de su hermana, a la que encuentra muy hermosa. Eso lo encontré lindo.

Y, finalmente, le di 2 besos en la cara de despedida, un sí a su invitación y mi nombre y mi apellido muy de pasada.... fue una noche muy agradable. (continuará)

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

Tarde de Bicicleta

Continuando con la historia, al otro día me levanté super relajada; me duché, me vestí y le conté a las chiquillas que había conocido a alguien la noche anterior. Dudé si contarles que quedamos de juntarnos para las carreras. Ellas se fueron a almorzar y cuando eran como las 13:45 yo ya había perdido las esperanzas que viniera. Aún así no era algo muy triste, porque no había pasado nada desagradable y sabía que mantendría un bonito recuerdo.

Fui entonces a la pieza de mi "compañera del camino" y le conté. Ya eran las 14:00 cuando se nos ocurrió una loca idea para irnos a la "U": iríamos ambas en bicicleta.

Fue super divertido, me sorprendió la habilidad de mi amiga para llevarme y

me dijo que con su hermana andaban así. Realmente fue super divertido y me gustó mucho.

Llegamos a la "U", almorzamos y luego ella volvió sola en bicicleta, porque yo tenía que hacer mi trabajo de WAIS.

Hicimos el trabajo y luego de contarle mi "noche anterior", conversamos sobre ella. No recuerdo mucho la conversación, además no es preciso para saber que fue una entretenida conversación, como hacía mucho tiempo no teníamos, me dejó un sentimiento de reencuentro con una amiga de la cual estaba alejada.

Llegué a la casa y la bicicleta estaba allí. Luego de un rato de contemplarla me dieron ganas de salir a andar y lo hice. Fue rico y un poco peligroso por el tráfico y además yo no soy muy hábil en la bicicleta.

Y cuando llegué a la casa me dieron el recado que me habían llamado por teléfono. Era Oscar. Dijeron que volvería a llamar.

Lo encontré extraño porque yo no le había dado mi número. Fue un detalle ante el cual no me permití dejarme impresionar demasiado.

Me llamaron por teléfono y entre el deseo de que sea Oscar y la decepción, escuché la voz de mi hermano. Me di cuenta de lo que estaba sintiendo y me propuse disfrutar de la conversación. Lo hice. Mi hermano me contó algo muy importante para él en ese momento, me alegré mucho por él porque lo sentí grande. Me alegré mucho y me enorgullecí de su actitud tan madura y segura, la conversación me dejó contenta y le conté a las chiquillas sobre ella.

Luego sonó el teléfono y fui a responder rela-jada:

- Aló, puedo hablar con Jeannette?",
- "sí, con ella",
- "Hola, hablas con Oscar",

y ese fue el comienzo de una conversación que duró como 25 minutos o más.

Había llamado para disculparse por no haber venido a la cita. Eso me pareció cortés de su parte y considerado. Continuamos hablando de cómo llegó a su casa, de mi informe de WAIS, de su CI, ante lo cual yo quedé un poco incrédula. Hablamos de qué estaba haciendo en ese momento y recuerdo que se estaba comiendo una especie de picante o pebre a escondidas de su familia, porque le hacía mal al estómago. Me pareció algo infantil para su edad, pero por lo mismo algo tierno.

Hablamos de la paternidad, genéricamente hablando. Y yo le di mi opinión:

- "mira, para mi, ser madre es muy importante, es mucha responsabilidad, tu no sabes si una relación de pareja puede terminar por algún motivo. Pero tu nunca dejas de ser padre, hasta que mueres".

Me preguntó si tenía hijos y yo, entre risas, porque no había tenido relaciones sexuales, le dije que no.

Continuamos hablando y llegamos a un punto en que me preguntó si podía venir a verme. Yo le dije que sí y me pidió que le explicara, porque no entendía "las reglas del Juego". Esa frase me llamó la atención y me sonó a algo liviano, a hueveo. Yo le respondí:

- "A ver, las reglas de la casa son las siguientes... "

y me limité a aclarárselas.

Quedamos en que nos veríamos un día martes a las 17 horas, dos días después. Y sería muy engorroso contar el medio atado que hicimos para colocarnos de acuerdo en lo que traería para la once. Fue divertido.

Fue un día lleno de una extraña alegría.

Tendidos en cojines

Ese día martes yo no tenía clases en la tarde, así que después de ir a ver a una amiga, me dispuse a tomar la micro. Me bajé cerca de un supermercado y pasé a comprar cosas para la once.

Ordené mi pieza, lavé la loza, me arreglé un poco y estaba en el baño con la música a todo volumen (el cassette de Los Tres unglued) cuando tocaron la puerta. Abrí y bueno, si era él. Lo hice pasar, le di un beso en la mejilla y me pasó los pastelitos en un paquete. Le dije que pasara a la pieza, que se sentara... primero ocupó el sillón.

Luego me empecé a colocar nerviosa, le dije que la imagen que tenía la pieza era totalmente irreal, que yo era súper desordenada. Le pedí que me abriera

una lata, lo hizo y me aconsejó que tuviera cuidado de no cortarme.

Volvió a sentarse en el sillón. De pronto interrumpió con un "¿Tu siempre eres tan calmada?". Yo no supe que responder, generalmente hago las cosas más lentas cuando estoy conversando, pero me sorprendió la pregunta. Poco a poco entendería por qué se admiró de esa parte de mí.

Hablamos de muchos temas esa tarde: de la familia, las drogas, sida y religión, entre otros. Hubo también algunas interrupciones de parte de mis amigas, ante las cuales se colocaba muy alerta, yo sólo sonreía.

Hablamos de los sueños, él me contó de uno en particular, y luego yo le mostré una agenda con dos de mis poemas que tenía escritos. Los leyó ambos pese a

que yo sólo le indiqué uno (lee muy rápido, aparte que es un poco curioso).

Cuando volví, porque había ido al baño, me preguntó

- "Te has enamorado alguna vez?".

La pregunta me incomodó un poco, porque no encontraba cómo explicarle la agitada vida amorosa que tenía, pero tan poco significativa. Él no pareció compadecerse mucho de mi estado de soledad y sólo se reía. Eso me desconcertó un poco, pero creo que era lo más oportuno. Le conté algunos hechos significativos y mi respuesta fue

- sí, no sé, ¡qué es el amor?!

Y me dijo,

- no has estado enamorada.

Le dije que lo más probable era que no y que aceptaba mi culpa en las

relaciones frustradas que había tenido. Fue una tarde muy especial para mí. Aunque debo confesar que me incomodaba un poco que me mirara. Nunca tuve una autoestima corporal demasiado alta. De él, me llamó la atención su mirada, muy profunda, sus ojos que se cerraban un poco para razonar y se abrían para expresar sorpresa o alegría. Tenía ojos Juguetones.

Su voz era profunda y suave y tenía labios sensuales. Muy alto.

Hacía mucho tiempo que no hablaba con un hombre de la forma en que lo hicimos ese día, mi cultura general estaba un poco dormida por caer demasiado en medios superfluos. Fue muy rico, andaba "floopy"...

Mara (cuento)

“Tú, sentada en una silla...”
(Silvio Rodríguez)

Sin duda ese sería el año más raro de toda su vida.

Al volver a pensar en todo lo que ocurrió, años más tarde, Mara perdería los ojos en el horizonte dibujando una sonrisa en su rostro, mientras en su mente cruzaría la idea de haber conocido el reino perdido de la Felicidad, sin poder jamás volver a encontrar sus huellas.

Ese verano fue muy caluroso y su mundo, en aquel momento, era un desastre lo que unido al calor era perfectamente comparable a un infierno. Mara conoció junto a un hombre los rincones más oscuros de su alma, aquellos a los cuales pocas personas acceden, más que por lo desconocido por lo peligroso.

La muerte, la ira, el caos, el sin sentido fueron haciéndose parte de su rutina diaria.

Poco a poco fue ocultándose del mundo. La luz del sol y sus brillantes colores parecían una burla a los sentimientos y resentimientos que Mara guardaba en su corazón.

Todo se agudizaba al ritmo de los días, semanas y estaciones. El otoño llegó y luego el invierno, mientras Mara vivía en la penumbra de las noches en las cuales sufría y pensaba tratando de encontrarle un sentido a lo que ya había pasado.

La música la acompañó incondicionalmente, su radio, sus cassettes de Silvio Rodríguez, Sui Generis, los inciensos y las velas de variados colores para poder invocar distintos estados mentales. Había también un anafre para secar las toallas que siempre estaban

húmedas. Un viejo sillón daba un toque añoso a esa pieza llena de colores y aromas dulces que tantas noches guardó las lágrimas de Mara.

No había otra salida, Mara debería cargar con sus ilusiones rotas a cuestas y seguir sobreviviendo, porque lo que ella esperaba de la idea de "vivir" estaba muy alejado de lo que podía hacer en ese momento.

Ocurrió una noche, cómo podía ser de otra manera, alguien apareció en su vida una de las tantas veces en que buscó la evasión como consuelo.

Mara reviviría en su mente tantas veces este primer encuentro, y los otros, que la realidad se mezcló con la imagen mitificada de un simple ser humano. Al recordar, su rostro parece iluminarse con una sonrisa y su mirada parece transportada a ese momento.

Él era alto, de pelo negro, no muy bien parecido, pero sus ojos, esos ojos eran "juguetones". Así los definió Mara, porque se abrían para escuchar o asombrarse y se cerraban un poco para meditar.

Hablaron, rieron, caminaron, se imaginaron bailando juntos en una fiesta del 1900 cuando pasaron frente a una casa antigua. Había algo extraño entre ellos, sobre ellos; un halo de nostalgia común, un poco de tristeza dulzona, de esa que se siente cuando se recuerdan los mejores recuerdos.

Los sueños dormidos de Mara comenzaron a despertar. Él la visitaba, llevaba dulces, escuchaban la misma música tendidos en una cama y parecía que a través de la conversación desplegaban sus fantasías, sus anhelos, transparentando a dos seres humanos cómplices de volar juntos entre cuatro

paredes, las velas y el viejo sillón. Ella estaba feliz y sabía que todo ese entorno estaba impregnado de recuerdos comunes a ambos.

Mara, años más tarde volvería a sentir esa complicidad mientras miraba una película de amor: Los puentes de Madison. En las lágrimas del final se confundieron las dos historias.

Algo distinto pasó entre mediados de ese invierno y los últimos días de noviembre. Mara se permite llegar hasta cierta fecha de ese año. Desde allí en adelante su mirada se vuelve distinta, sus ojos caen mirando al suelo como en una mezcla de tristeza y vergüenza. Luego de un rato aparece la tristeza dulzona, el deseo de volver a "vivir" esos momentos y saber que si así ocurriera nada sería lo mismo.

Mara muy rara vez habla de lo que ocurrió entre ese invierno y la primavera.

“yo de pie con expresión de lord... (Silvio Rodríguez)”

“La costumbre tiene muy mala fama” dijo él, fijando la vista en la pared, como revisando todos los recuerdos que guardaba esa pieza.

Hacía varias semanas que él no la visitaba. Pero a pesar del tiempo sintió que no hace mucho había visto sus dulces ojos.

No podía dejar de mirarla mientras ella caminaba por la pieza por cualquier doméstico motivo.

Mara estaba enferma. Un agotamiento muy grande se había apoderado de su cuerpo, tenía las manos heladas y el rostro pálido. Al lado de su cama había un frasco de pastillas, quien sabe por qué.

- “Soñé contigo, estabas en la mitad de un puente colgante y llevabas un gorro de lana”, dijo él.

No sabía qué había en ella, que lo transportaba por paisajes olvidados de su alma.

Casi se había entregado a los rutinarios acontecimientos del día a día, cuando Mara apareció para comenzar a redescubrirse. Era inexplicable la forma en que ella calmaba sus siempre apresurados pasos y hacía que el simple aire saliendo y entrando de su boca tuviera un sentido diferente, mágico.

Su extrema racionalidad y control eran las muletas que el siempre llevaba a cuestas para hacer más soportable su predecible mundo. Pero con ella todo era distinto. Las caretas no eran necesarias y su mayor deleite era verse reflejado en esos ingenuos ojos cafés. En ese abismo

se encontraba así mismo en sus más profundas certezas.

- "¿Te has enamorado alguna vez?"
- "Sí, no, no sé... ¿qué es el amor?"
respondió ella...

A lo que él replicó con una sonrisa benevolente:

- "No, no has estado enamorada".

Él también llevaba ilusiones rotas en su espalda y ella siempre vivió esperando que sus enormes ganas de crecer trajeran la recompensa de los sueños realizados.

Mara nunca pronunció un "te amo", talvez en la espera inconsciente de decirlo algún día de verdad desde sus entrañas.

Esa tarde fue larga, fue larguísima. Volvieron juntos a sus temas de conversación, al coqueteo que ambos

evitaban, pero que podía palpase, a su música, a sus vuelos a dúo por un mundo compartido: volvieron a caminar por el puente colgante que habían tendido para unirse.

Él cuidó de Mara como el más dedicado de los enfermeros y ella pudo ver en sus cuidados la fragilidad de un ser humano que necesitaba ser tratado como el niño que guardaba al fondo de la careta de un adaptado adulto.

Esa noche Mara pronunció su único “te amo” y a cambio, él le regaló la posibilidad de verse en el fondo de sus ojos juguetones sintiendo, en realidad, que su alma tenía un símil en este mundo.

“Corazón en fuga, herido por dudas de amor” (Silvio Rodríguez).

Mara era de esas personas que podían pasar horas en la misma posición con los ojos cerrados sólo para escuchar al mundo y su diversidad de sonidos: ruido de pájaros, el tráfico, sierras eléctricas y Silvio al fondo de su bien decorada pieza y su respiración, el sonido incontenible del aire en su cuerpo.

Toda esa paz la perdió en la primavera, cuando comenzó a enloquecer. Su mente era un remolino incontrolable de ideas y percepciones que la alejaban cada vez más del mundo calmo y conocido al que pertenecía, sus amistades de antaño eran seres de los cuales sentía que debía defenderse.

En esos momentos, incontenibles para Mara, su única conexión con el mundo y con ella misma era él, quien había dejado de visitarla hacía más de un mes. Tal vez nunca tomó en serio todo lo que ella decía sentir o quizás mantenía una vida doble y donde Mara era la parte aliviadora, complaciente y no demandante, pero había otro compromiso formal con alguien que nunca supo de la existencia de otra mujer. Todo puede ser, muchas veces la realidad nos deja más preguntas que respuestas en el corazón y este fue uno de esos casos.

Su confundida mente le impedía dormir por las noches, escribía mucho y en esos momentos sentía una particular conexión con Dios. Pero sus momentos de tranquilidad se fueron haciendo cada vez más cortos, su mente ya no le pertenecía y todo culminó en hechos vergonzosos que sólo el morbo haría que

salieran del lugar donde Mara los ha colocado: sus recuerdos.

Mara aún recuerda el auto blanco de aquella ideación enfermiza. Todo tenía que ver con él, con sus conversaciones, con sus sueños compartidos. Ella fue capaz de crear en su mente un mundo perfecto, donde su amor era correspondido y la historia tenía un final feliz: su reino perdido de Felicidad.

Al mirar su pasado se mezclan sentimientos ambivalentes de tristeza y fortuna. En su corazón inundado por la intranquilidad, Mara siempre guardó un espacio para los más puros sentimientos de amor y una extraña confianza en que todo saldría bien.

Mara conoció el mundo de la locura, ese estado misterioso y atemorizante para la mayoría de las personas, un mundo en

el que ella se sentía segura y feliz a pesar de todo.

Ella despertó una mañana atada a una cama de hospital escuchando las preguntas de un doctor que trataba de entender el complejo mundo de la locura en cinco minutos. Mara se dio cuenta entonces que su viaje había terminado, ya había llegado el momento de bajarse del auto blanco y asumir que lo ocurrido tendría previsibles consecuencias en su vida. En tanto los medicamentos comenzaban a tener sus efectos, su cara tomó otro aspecto y sus ojos no parecían de este mundo.

Pensaba en él y en la posibilidad de que fuera a verla, pero los días pasaban y las ilusiones morían poco a poco, sólo quedaban los recuerdos de una historia de amor, de compañerismo, de locura.

Pasaron otros días, otros doctores otros episodios de extravío. Finalmente, obligada por las circunstancias, Mara se tomó un año sabático. El año de su retiro espiritual, decía en tono de broma. Pero fue un año de reconstrucción personal y mental en donde se dio el tiempo para escribir, para llorar, para asimilar todo lo ocurrido. Era justo tener un año completo para entender el año que había pasado: su infernal sufrimiento del verano, su invierno mágico y la acelerada primavera.

Ese fue un año solitario y nostálgico, pero tranquilo. La calidez del hogar y la preocupación de personas con un gran corazón fueron el abono que Mara necesitaba para hacer florecer su esperanza, su confianza en que todo estaría bien y que el camino que tomara su vida sería sólo una nueva oportunidad para caer y salir fortalecida. Sería otro

intento de encontrar el reino perdido de
Felicidad.

“Mi unicornio y yo hicimos amistad, un poco con amor, un poco con verdad...” (Silvio Rodríguez).

Silvio trae a su memoria dos hechos que sólo revela en contadas ocasiones. El primero, fue una vez que se encontraba en el hospital y una amiga le llevó algunos cassetes de este revolucionario cantante, y el segundo es el recuerdo de ella y esas tardes eternas en que no sabía cómo salir de esa pieza, porque en realidad no quería hacerlo.

“Mira la luna” dijo él señalando con la mirada la hermosa luna llena de septiembre. La noche era para él su mejor momento en el día, para ella era comenzar a morir.

Ya casi no se permite recordarla, prefiere guardar los buenos momentos, sus manos libres de temblor y su rostro en un gesto de alegría disfrutando de los momentos más calmos que había tenido en mucho tiempo, pero sólo eso.

Las cosas se complicaron demasiado cuando Mara comenzó a buscarlo, estaba invadiendo su protegido y controlado espacio vital y no pudo soportarlo.

Supo todo lo que le había ocurrido a Mara, su estado mental y el corto tiempo que pasó en el hospital, pero no hizo nada. Su mente estaba paralizada, confundida, incrédula y prefirió guardarlo todo en el lugar más recóndito de su corazón para no volverlo a mencionar jamás.

Ahora pasa por las tiendas de confites y los dulces y la torta de hoja no le

apetecen como en aquellos días. Sólo Silvio Rodríguez o Sui Generis logran transportarlo a su lado, a esos tranquilos momentos, a esos instantes de magia que él no podía definir y prefería sólo disfrutar.

El año en que Mara estuvo fuera de esa ciudad, él recibió dos cartas, pero ni siquiera sabe bien por qué razón no las respondió. Sólo quería dar vuelta la página de este cuento que cada vez se tornaba más complejo y atemorizante de lo que podía manejar.

Ese año viajó mucho, trabajó como nunca antes, todo para llenar el vacío insoportable de la mañana y parte de la tarde. La luna lo tranquilizaba y de vez en cuando una que otra luna llena le recordó su cara, esos ojos inundados de alegría que sólo eran capaces de decirle "te amo". Y Oscar sonreía, no sólo porque Mara había creado un espacio de

ilusión en su corazón, sino también porque era incapaz de creerlo o no quería hacerlo.

“...el pequeño defecto que es la nostalgia de cosas pequeñas y tontas...” (Silvio Rodríguez).

Mara y Oscar no se han vuelto a ver hasta el día de hoy. Esta historia breve y tormentosa quedó para ambos en un rincón de los recuerdos, de las nostalgias y de las cosas que a veces comienzan para dejar lleno el corazón, pero luego terminan dejando muchas preguntas.

Mara escribe y a veces, cuando está triste, coloca sus empolvados cassettes de Silvio, relee sus escritos y saca ideas para sus creaciones. A veces también, y con su cigarro encendido, pierde la vista en una de las dos sillas que tiene su pieza y lo recuerda, recuerda su timbre de voz, sus palabras y sus ojos, sobre todo sus ojos. Sueña que él vuelve, que conversan nuevamente, ya no como

antes, pero tratan de entender lo que pasó.

Luego de esos largos cinco minutos algo interrumpe sus ilusiones: la convicción de que nada sería lo mismo. La vida de Mara ha tomado otro rumbo, escribir es su vida y tiene una nueva pareja.

Oscar es sólo un recuerdo, un maravilloso recuerdo que llenó su vida de ilusiones y expectativas en algún minuto. Pero que ahora no tiene cuerpo ni alma, todo lo que de él conoció lo dejó atrás guardado como un tesoro que perdió o que en realidad nunca tuvo.

Pequeños detalles

El olvido es adaptativo. No podríamos mantener en nuestra retina tanta información acumulada por todo el tiempo que ha durado nuestra vida, y, según creo yo, a lo largo de vidas anteriores.

Pero entonces, ¿qué es lo que recordamos? Para mí, los recuerdos están relacionados con muchos factores, pero principalmente con los sentimientos, la costumbre y hechos traumáticos.

Los recuerdos se pueden mezclar con las historias o anécdotas que nos cuentan desde pequeños nuestros seres cercanos; yo no puedo dejar de recordarme lavando pañuelos en una fuente tras de una vieja casa de madera en un campo, pero hasta hoy no sé si es un recuerdo o la imaginación de la

historia que me contaba mi abuelo tantas veces en mi niñez. Da lo mismo, en este caso.

Las percepciones son importantes, los sentidos hacen que asociemos lugares, personas, estados de ánimo con colores, aromas, texturas; se puede decir que correlacionamos.

Olvidar es difícil. Por ejemplo, la textura del pasto en los pies desnudos y con ello la situación en que lo vivimos.

Como sucede a todas las personas, me acompañan recuerdos gratos e infelices. Pero hoy me di cuenta que guardo detalles como el nombre de una persona en su diminutivo, porque hay cariño por ella. Verdaderamente no puedo recordar detalles, pero guardo pequeñas cosas que hacen que esa persona que quizás no veo más que por una pantalla, sea especial para mí.

El amor en todas sus formas es seguro el mejor baúl de recuerdos. Cuando queremos a alguien, intentamos preocuparnos por la persona, conocerla desde ella, y no sólo ver nuestro reflejo en sus ojos y estamos tratando de aceptarla, de asirla a nuestro ser. Y lo logramos cuando hay amor, cariño. Pero también la impopular costumbre.

A todos mis seres queridos... les digo que los guardo en este baúl un poco añoso, pero aún palpitante y verde.

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

Periodo de latencia

Tengo 28 años. Estoy estudiando periodismo. Curso el cuarto año. Estoy soltera. No tengo hijos y hace dos semanas que mi relación de pololeo entró en un estado de latencia, de suspensión...en un estado gaseoso.

He comenzado a sentir el espacio vacío que deja la suspensión de una relación de más de 3 años: tiempos muertos, deseos no realizables, aromas que se fueron, peleas estúpidas y un montón de recuerdos que físicamente no tienen baúl donde quedar guardados.

He querido que esta hoja virtual y su cursor pulsante se conviertan, en mi imaginario, en una especie de diario no necesariamente diario con referencia a mi vida, que no tiene que ser sólo sobre eso.

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

Yo te inventé para mí

Hoy, fuera de todo contacto mediático o corpóreo con tus ojos, creo que mi realidad contigo es única e irrepetible por el simple hecho de que yo la inventé, la moldeé con tu sonrisa, con tus gestos y la entendí según mi mundo. Más inexplicable e irrespondible se hace la pregunta sobre qué fue lo que nos unió.

Mis manos te tocaron como ciertamente ningunas podrán hacerlo de nuevo. Pero tú, pero yo, podremos volver a sentir lo mismo con otras manos en nuestra piel.

Te escogí como se escoge un shampoo en los estantes de un supermercado, como se elige ver una cara cuando pasas raudo por una calle concurrida. Que lo nuestro haya sido, es un misterio. Pero más misterioso es tratar de entender

porqué te tomé como “mi” shampoo por todo este tiempo.

¿Qué fue lo que mis ojos querían o necesitaban ver en los tuyos? ¿Cómo me diste los silencios y las palabras que calmaban mis madrugadas? ¿Qué provocó que un te quiero saliera de las entrañas más ocultas de mi cuerpo?

Y el amor ¿existirá? ¿Permanece cuando los cuerpos se alejan y los ojos ven el mundo sin una mano apretada al caminar? Es paradójal que los mismos gestos que casi podría predecir, sean los que me derretirían los cinco primeros segundos al volver a verte.

Lo extraño de lo conocido, lo predecible de lo incierto, encanta y nos hace sentir seguros, a veces. La mayor parte del tiempo estamos solos y sin querer o poder derribar el espacio que hay entre mi piel y la tuya.

Cada noche

Entre el punto rojo del televisor, la luz de mi calefactor y la braza de mi cigarro caen mis barreras. La metafísica y la grandilocuencia de las palabras se hacen humo como mi cigarro, como lo nuestro, la ola de lo gaseoso inunda mi vida.

Y pienso cosas y pasan cosas, a veces, que me hacen pensar en tus cosas buenas y me pregunto por qué muchas veces no era suficiente para sentirme bien. La respuesta fácil está en mi psicología barata y casi por inercia sale aquello de que "todas las personas son diferentes".

El facilismo maquilla todos los pliegues, paraliza la búsqueda personal por nuestras propias certezas y tan fácil como aplicamos la individualidad románticamente soñamos en que hay algún punto donde todos somos iguales.

Los pliegues, los matices y las dudas me señalan que hay un mundo fuera de mí, un mundo que no controlo y que aprendo a no necesitar controlar.

Y entre todas mis cavilaciones baratas y aéreo mundanales aparecen tus virtudes o mejor dicho, las cosas que me gustan de ti. Las necesito a mi lado. Nunca estuve tan cerca de alguien como de ti y siento que me equivoqué un poco al forzar gestos, actitudes o cosas que no eran tuyas. Talvez fui más madre que amiga.

Hoy no tengo un pecho donde reposar mi cabeza después de hacerte el amor. Hoy no puedo tocarte. Hoy te extraño porque la lluvia en mi ventana me pone melancólica, pero sé que te gusta mucho estar en la cama cuando los días son así.

Efecto narcotizante

El efecto narcotizante de la televisión con sus bodas reales y sus triunfos del tenis, causa estragos en mi cotidiano. Me corto el pelo, me preparo una gelatina y entre las tijeras y el refri hay un largo espacio de ocio frente a la "caja idiotizante".

Ya no te pienso. Mis espacios comienzan a llenarse de tonteras, de pequeñas actividades programadas para el día: ducha, maquillaje, comprar cigarros, etc.

La verdad es que por ahora no me importa la calidad de mi rutina diaria. Lo más inmediato es reencontrarme con mi vida antes de ti, en soledad y ejercitar el mal hábito de la costumbre.

Sólo el silencio prolongado y la luz baja hacen que tu nombre aparezca en mi mente, pero cada vez se evapora con

mayor velocidad. ¿Te volveré a ver?
¿quiero volver a verte?

Te quiero, pero a veces se me hizo muy
difícil mantenerme a tu lado.

El efecto narcotizante vuelve a
evidenciarse, prendo la tele, me entero
de las copuchas de la farándula, algo de
noticias del país, economía, deportes,
una película entretenida y despierto con
una estúpida sonrisa en el rostro cada
mañana.

Para qué vivir más de los problemas que
existen, para qué pensar, veamos tele.
Qué lástima que haya que apagarla y
caer en cuenta de la cruda realidad...te
extraño.

Sin tiempo

No recuerdo cuando te vi por última vez,
sólo sé que fue un viernes y que tomé
un café.

Si tenía que ocurrir, era mejor que pasara ahora. No creo haber podido enfrentarlo igual hace un tiempo atrás.

A veces pienso que el amor es la más compleja racionalización humana encarnada en una palabra. Que distinto sería si no hubiéramos anulado de manera tan brutal nuestros instintos, los mismos que dicen que la fidelidad es una utopía.

Pero no se pueden borrar millones de años de evolución. El neo cortex ha hecho lo suyo y el YO de Freud nos colocó en un espacio intermedio entre el cielo y el infierno.

Es tarde. Tengo que levantarme temprano. Donde estés ojalá sueñes conmigo. Que duermas bien. Te quiero.

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

Entre sueños

Transitas por mi vida como tus manos recorrieron mi cuerpo hace un tiempo indefinido, lejano. Pasas de estar impreso en sólo un par de fotos en la repisa de mi pieza, para ocupar lo más íntimo de mi ser: mis sueños. Imágenes de una búsqueda angustiada por las calles de Temuco. Una búsqueda que evoca pasajes de mi vida y que, en la realidad, tanto como en el sueño no tiene un final feliz.

Cuerpos desnudos que se acarician, aberraciones, malformaciones que me hablan de deseos insatisfechos y de miedos hacia ti.

Pero por qué te inmiscuyes en mis sueños, por qué mi inconsciente deja que ocupes roles protagónicos en las historias que mi alma crea para mi paz.

Esas horas son uno de los pocos momentos míos, verdaderamente solos y no quiero soñar contigo. Prefiero recordarte atormentadamente todo el día, con tal de que no castigues también mis noches. Es suficiente ya.

Rodrigo, estoy muy triste y sólo quiero que tu imagen me de un respiro. Porque la verdad es que no hay un solo día desde ese último beso, de esa risa tuya que yo no te piense. Me haces mucha falta, no me siento completa sin ti, no sabes cuan feliz me harías si sólo estuvieras aquí, ahora. No estoy preparada para aprender a vivir sin ti.

Insight

Anoche estaba en mi cama con la luz de mi lámpara encendida, en la radio tocaban canciones de amor. Gloria Estefan comenzó a cantar exactamente lo que estaba sintiendo y mis ideas aglomeradas y calientes se unieron a través de una canción con mi siempre contenido mundo emocional. Desaparecieron los por qué, bajé la guardia y a través de mi puente caminaron las certezas inexplicables y las lágrimas.

Lloré calladamente y mientras las lágrimas mojaban mi cara, yo me sentía como una estúpida inteligente, porque supe que estaba enamorada de ti, pero recordé que nunca te lo dije.

“La realidad existe en el lenguaje”, por lo tanto, lo que se calla no existe.

Miedos, miedos, miedos. Adaptativos y paralizantes. Y supe que siempre estuvo el amor en mi corazón. Sólo que yo no podía verlo.

Rodrigo te amo, tengo que decírtelo. No quiero perderte, pero tengo que decidir la forma y el momento adecuados para que no se entienda cómo un compromiso de obligatoriedad, sino como una invitación a caminar juntos.

Mientras tanto pensaré y repensaré, recordaré y trataré de recordar que ningún momento es igual a otro y que ya no soy la misma que enloqueció por el pánico al rechazo, por su baja autoestima y la falta de experiencia en el amor. Y pensaré en la idea de que mi necesidad de control puede ser equilibrada con la esperanza que tú, Rodrigo, me digas que sí.

DE VUELTA EN PURRANQUE

Esperando Nada

Hoy vuelvo de un viaje espacial y corpóreo donde recuerdo, con mi Nokia en los oídos, una música que me acompaña a donde voy. En aquel viaje, hay tiempo para pensar, mirar el paisaje y recordar otros tiempos.

Pero hablando del aquí y del ahora, veo la vida y las personas a mi alrededor con benevolencia, con la que me gustaría que tuvieran conmigo. Mis amigos virtuales aumentan, mientras mis reales amigos se hacen carne y hueso a mi vista. ¿Cómo no valorar la amistad, el compañerismo o la lealtad de otros si muchas veces no puedo ser leal a mí misma?

A esa divinidad que tantos sólo le piden favores, yo agradezco, porque cómo alguna vez dije, nada tenía al llegar a

este mundo, todo lo que soy y lo que he ganado inmaterialmente es beneficio puro.

¿Y el futuro? Mi futuro es mañana, es ahora y se convierte en mi pasado mientras escribo...es un sueño, ilusión. Mis expectativas son cortas y finitas; una sonrisa de vuelta de un saludo, un beso en la mejilla o un gracias.

El disfrutar de las cosas simples, pero maravillosas, la rutina que puede llevarnos una sorpresa, el dar y darse por amor.

Esto es sólo una opinión, más bien un pensamiento empapado de sentimiento: es una guía por el tiempo que yo lo decida, ya que soy libre.

Escorpiones en la noche

La pelea de dos escorpiones es algo sangriento y fatal; una noche se juntaron, se miraron, mostraron sus armas y aunque ninguno deseaba morir, iniciaron una lucha por la melodía de una canción revolucionaria.

La luna los acompañó, los cobijó en su regazo claroscuro y los árboles danzaron al ver tanto despliegue de armamento por algo tan nimio.

Y claro, comenzó la pelea. Comenzaron su danza mortal: solo uno viviría para escuchar el final de la noche.

El campo de batalla fue una arena blanca como la leche, lo que hacía que estas criaturas contrastaran perfectamente; el más joven abrió los fuegos, con el atrevimiento que sólo era de él, el más

viejo esperaba como estudiando y los próximos movimientos. Lentos en principio, poco a poco se pasaron los minutos, la contemplación mutua, y las horas dejaban ver que ninguno quería el destino trazado, pero no se pudo dar marcha atrás.

Las estrellas que formaban la constelación miraban atentas al desenlace que comenzaba a tejerse en esa arena, arena de desafío, sangre y dolor. Tal vez ninguno sobreviviría por las heridas postreras.

Finalmente, un zarpazo inició todo, pareció una garra felina, inesperada y cruel. La respuesta no se dejó esperar; se enfrentaron hasta el amanecer, hasta la muerte, garras y dientes salieron...pero...

Esta historia no tiene final, jueguen el papel que deseen, luchen con todo su

veneno y entonces el final no será necesario...

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

El sino de una vida

Una vez alguien preguntó a un grupo de estudiantes qué desearían si se les apareciera un genio con la posibilidad de un solo deseo. Todos desplegaron los más variados deseos personales, familiares y hasta sociales. Justicia social, sin dudarlo señaló un alumno.

Yo era la última y tenía absolutamente clara mi respuesta. Dicha con mucha seguridad: ser feliz. El profesor que preguntó se detuvo en mi respuesta para reflexionar en que cada uno de los alumnos sólo podía desear aquello que no tenía. La reflexión me dejó muy triste, porque era cierta en mi caso.

Desde aquel entonces hasta ahora, he intentado cada día ser feliz. Algunos días son mejores que otros. Hoy en día si se me apareciera aquel genio de los deseos, pediría una cosa solamente:

encontrar un hombre a quien amar y que me ame. Sé que tengo mucha capacidad de amor para las personas, pero lamentablemente nunca me he sentido correspondida como soñé alguna vez. ¿Será tan difícil lo que deseo?

Como le dije una vez a alguien, yo asumo mis errores en las relaciones frustradas que he tenido y en esa medida intento crecer. Pero lamentablemente nada parece ser suficiente. Mi realidad es que sólo me siento valorada por mis familiares y mis amigas, aún no ha llegado el hombre correcto a mi vida y quizás nunca llegue.

Piedra tras piedra, error tras error con la negra soledad rondando para carcomer mi optimismo. Nuevamente estoy queriendo a alguien equivo-cado, cuyo corazón no es más que para si mismo. Si alguien ha escuchado la canción de Silvio Rodríguez, "La primera mentira",

puede entender lo que siento, un poco, poquitito.

¿Y cómo me levanto cada día? No lo sé, por fuerza, porque sé que, si no será nadie para mí en esta vida, entonces será en otra, porque mi alma es pura, infinita y eterna y todo tiene su razón de ser, nada es en vano; los vacíos son para ser llenados con amor.

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

El amor... (poema)

Sentimiento poco fiel,
Va y viene de mi ser,
Quiero y odio mi pensar,
Río y lloro mi sentir,
Nace y muere mi vivir.

Círculos cierro y otros vuelvo a iniciar,
El vaivén de la vida para y sigue sin cesar.

Es la vida y lo inestable tan difícil de aceptar,
Que buscamos presurosos algún faro vislumbrar,

Algún puerto que mirar, el telón final que bajar.

La vida es, y nunca será,
Lo que deseamos pasará.

El pasado ya se fue,
El presente está aquí,
Y el futuro es tan incierto
Que es preferible olvidarlo
Y comenzar a vivir.

Notas de celular

Cajeros con promesas de paisajes desconocidos, bolsos y maletas con palomas de sueños o insomnios alegres. Besos, esperas, ruedas del trance entre ir y llegar; destinos.

Todo inserto entre gotas de lluvia de verano y que son las mismas que se derraman en un río adornado de sauces, rosas y poco asomo de raíces.

Un asiento junto a un desconocido, un calendario no hace itinerario, solo viaje; uno más de los que me esperan para finalmente reposar mis huesos...

Mi mundo se abre, un palillo de abanico se rompió y al parcharlo descubrí un pequeño duende de luz; juega en mi mente limpia a veces y otras sucia de nudos.

Es un duende protector, quiero conocerlo y manipularlo, pero él sólo quiere jugar... nada puedo hacer, sólo pedirle que me alumbre cuando busque mis zapatos cada día.

No sé qué escribir. ¿Sobre un amigo que ya no tengo?, ¿sobre sus recuerdos, o la caja de música que quiero que suene?

Mejor escribir sobre ángeles que se posan a mirar en mi pequeña ventana y se preguntan juguetones: ¿que espere un poco más?

Los seres de luz saben todo y son benevolentes: perdonan y eso es más de lo que hacemos por nosotros mismos.

Sufro porque mi luz se apaga, porque no me desconecto de mi cerebro y por no ser más vieja de alma.

Ahora apago mi ampolleta, hago un hueco en el rincón y me perdono hasta mañana.

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

Entrega controlada

Supiste algunas cosas mías, yo intuía más cosas tuyas y en la cama jugaba a hacerte feliz y disfrutar.

Tu misterio me fue cautivando, soñaba con imposibles; tu cama fue impregnada por nuestras figuras.

Las barreras aparecieron y tu defensa fue una uña de gato, la mía, una cola meneante de perro.

Caballero de triste armadura decide declarar independencia de Sancho y Dorothy en Oz lloró junto a Toto y su cola de pluma.

¡Abandonen el cuento! se oyó a lo lejos y Dorothy dijo tres veces. "No hay lugar como el hogar".

Un beso una sonrisa fingida y un gato
rayado que canta emprendió viaje a OZ.

Érase que se era lo que casi no podía ser

Una niña muy pequeña, de una edad de mil años en su alma, tenía desde siempre una caja donde guardaba todo lo que ella consideraba importante para sí. Desde que tuvo uso de razón guardó en aquél lugar objetos de variados colores: negro, porque a veces tenía miedo a la oscuridad y deseaba recordar que así era porque sabía que cuando fuera grande ya no sentiría ese miedo; blanco, porque pensaba que aquel color era el color de su alma; rosado; pues tenía un rosal que cada primavera aromatizaba su entorno con su olor dulce; verde, por el color del pasto que tanto bien le hacía al pasear con sus pies descalzos sobre él; violeta, sólo porque era su color preferido, sin más que decir sobre eso; y los demás colores también

se apreciaban en su colección de objetos, por las más variadas razones.

La niña que coleccionaba objetos de colores, se encontró un día con uno que cambiaba en la palma de su mano según el día. Por lo menos así lo creía ella, porque una vez se tornó de un intenso color verde musgo en sus manos. A medida que pasaba el tiempo pudo darse cuenta que eran sus estados de ánimo los que hacían que esta piedra que encontró cerca del mar, cambiara en su tonalidad. Y como un termómetro para un enfermo de fiebre la comenzó a utilizar para saber que emoción la poseía en el momento. Ella sentía una cierta seguridad con esta piedra tornasol que podía ver en su interior cosas que no todos podían. Pero, un día su piedra se le perdió y los mil años en el alma de la pequeña se transformaron en millones,

eternos y dolorosos, pues había perdido sus sentimientos...

La niña estaba desconcertada; cada día que pasaba sus ojos de perlas, que antes eran vivases y juguetones, se iban poniendo acuosos y melancólicos. Pensó, pensó y siguió pensando donde pudo haber dejado su piedra tornasol, pero ésta no aparecía. Un día contó esto a su abuelo y recibió una respuesta que no era comprensible para su edad: "la piedra está dentro tuyo". ¿Cómo podía ser esto? Pasó el tiempo y como cualquier niño siguió viviendo, aunque siempre pensaba en aquella pérdida. Decidió no volver a coleccionar objetos de colores, pues temía que, como la piedra tornasol, se le perdiera. Tiempo después, días, semanas, años, no lo sé, la niña se hizo grande y seguía pensando en la frase que su abuelo le dijo, pero ahora con todas las emociones que

había sentido sin la piedra, pudo darle sentido a aquella frase; los sentimientos no se acumulan en una piedra, van cambiando sí, según nos pasen cosas en nuestra vida, pero los sentimientos pertenecen al mundo de nuestro corazón y por más especial que sea lo que veamos fuera de nosotros, jamás podemos olvidar que nuestro mundo interno es gobernado por nosotros mismos.

El espejo

Todos lo llamaban "abuelo", no porque haya tenido nietos, sino sólo porque su pelo cano, su rostro desdibujado y el cariño que se había ganado por parte de los demás, hacían que este apelativo fuera el más indicado.

Tenía más años de los que su encorvada figura confesaba y más fantasmas en su alma de los que jamás pensó tener a su edad.

Y es que enviudó sin alcanzar a tener hijos carnales; sus hijos eran los perros que con cariño criaba y con dolor enterraba conforme iban muriendo.

El perro de hoy por hoy se llamaba "Can". Sí, sólo Can no por la falta de ingenio sino por simple desidia.

Este hombre vivía de una jubilación bastante pobre, pero siempre le gustó la

lectura y visitaba la biblioteca para encargar libros de variados temas y autores.

En ese lugar había muchos niños y allí quedaba contemplando y dejaba volar su imaginación; su mente se iba a los juegos con hijos y nietos que nunca pudo tener, a la vida en familia y...mejor no pensaba más.

Una noche de lluvia el abuelo se encontraba en su cama de lana durmiendo, había relámpagos. Estaba sobresaltado, sudoroso, inquieto. Hasta que de pronto, al mismo tiempo que la ventana se abrió bruscamente por el viento, él se sentó en su cama y pronunció un desesperado "¡NO!".

Respiraba rápido y aquella noche de otoño comprendió que sería el fin de su negación ante sus temores: había que hacer algo para disipar su temor a la

pronta muerte, y más que a ella, al morir solo.

"No hay mal que dure cien años", se dijo para sí, "no puedo evitar lo inevitable, pero puedo escoger como recorrer el camino hasta allí". Ya no sabía de donde había salido este pensamiento, pero su temor fue adaptativo, le ayudó a mirarse en el espejo hasta que su reflejo le causó miedo y luego lo enfrentó con la valentía de la experiencia, del amor, de la tranquilidad del alma. Ojalá todos tengamos una noche de lluvia más tarde que temprano en nuestras vidas, un espejo donde reflejarnos para ver si nos gusta lo que vemos y aunque el espejo envejezca con nosotros y desdibuje nuestra imagen, podamos ver que nos dice sin engaños.

Lágrimas de ángel

Sin duda en el mundo de los ángeles todo es luz, alegría, evolución y aprendizaje. Un mundo lleno de paz donde las mundanales preocupaciones de los mortales son motivo de observación y oración.

Ariel era un ángel especialmente dedicado y preocupado de los seres humanos; observaba tantos sentimientos oscuros y otros con luz, que su alma no podía dejar pasar.

Un día se acostó en una nube pensando en esto y decidió pedir permiso especial para ir a la tierra a ayudar. Se le advirtió del riesgo; en la tierra había mucho sufrimiento y sólo algunos pocos seres humanos iluminados podrían reconocer su bondad.

Ariel asumió todos los riesgos; él quería ayudar en algo, a alguien, a uno...sólo bastaba uno.

Se reencarnó en un niño que con el tiempo llegó a ser médico, un gran médico, una eminencia en el área del corazón y se dedicó especialmente a los trasplantes.

Un día llegó a su consulta un joven de 16 años, aquejado de una cardiopatía congénita y progresiva: no había más alternativa que un trasplante de corazón.

El joven esperaba internado en un hospital lleno de casos parecidos al de él y otros distintos.

Esperaba ya largo tiempo, sus ojos se apagaban un poco más cada día conforme esperaba el corazón adecuado.

El doctor un día tuvo que hablar con Juan sobre sus reales posibilidades de sobrevivida.

Mientras el lenguaje médico se hacía más complicado, pero entendible para Juan, pues había pasado ya antes por varios doctores, éste observó detenidamente los ojos del Doctor y de pronto interrumpió con una pregunta nacida solo de su alma: "¿son suaves las nubes?". Ariel que tenía conciencia de su naturaleza, no supo que decir, se sintió desnudo, descubierto por el joven Juan. Entonces sólo respondió con una sonrisa benevolente y dijo: "sí Juan, seguramente es así".

Ariel sentía mucho dolor de no poder hacer más como humano por este joven.

Luego de mucho pensar y sopesar los inciertos riesgos para sí, decidió iniciar una serie de conversaciones sobre la

naturaleza de su alma con Juan. Este parecía al escucharlo sólo confirmar lo que ya había visto de algún modo inexplicable.

Pasaba el tiempo y Juan empeoraba, pasaba periodos largos de letargo y casi no hablaba.

El vínculo entre Ariel y Juan fue haciéndose tan grande y cercano que este ángel comenzó a sentir el dolor humano. ¿Esto es ser humano? se preguntaba. ¡No puede ser, es solo un joven!

Ningún corazón compatible apareció y Ariel estuvo con Juan en sus últimos momentos de vida, con la madre casi en trance porque no sabía qué sentir, si el natural deseo de no perder a su hijo o la conformidad de que Juan volara para descansar sobre la nube que Ariel tantas veces le describía.

Ariel nunca había sentido este dolor y cuando la máquina indicó la línea horizontal de la muerte, se dio cuenta que su mejilla tenía una gota salada, una lágrima que luego fueron a caer en el límpido suelo hospitalario.

En ese momento lo entendió todo, ese era el riesgo de ir a la tierra; la lágrima que Ariel derramó por Juan marcaría el fin de su tiempo como ángel y su transformación en un ser humano.

El viaje

Ella despertó un domingo para su cigarro matutino, estaba cansada, y por eso no planificó nada respecto a su viaje.

Sabía si qué necesitaba llevar y era indispensable: su música, dinero y la libreta con los lápices de colores por si acaso quería escribir algo.

Otoño, aquello implicaba que era incierto el pronóstico del tiempo, podía llover o no, pero donde iría era orilla de mar, un puerto, y el viento era infaltable.

Durmió un rato más, hasta que una despedida en voz alta, le indico que estaba sola en casa.

Un peludo amigo de 4 patas, amo y señor del patio de su casa, la acompañó por un rato.

Se levantó y comió unos dulces que su madre le dejó sobre la mesa, como solía hacerlo siempre, gesto que agradecía mucho por lo grato de despertar con una muestra de cariño y preocupación.

Lo más complicado antes de emprender rumbo, sería elegir la ropa que usaría, pues aquello marcaría todo: el maquillaje y los accesorios como aros y cartera. Pero nada...

El color predominaba en su vestir, alejada de negros o grises, prefirió el rosado y verde como base de toda su tenida.

Los recuerdos de las veces que había viajado a esa ciudad antes, a ver a alguien especial, aparecieron, pero no incomodó, sólo fue una anécdota del pasado.

Después de ducharse, vestirse, comer y fumar de nuevo, salió taconeando fuerte

de su casa, rogando que los botines fueran benévolos con sus pantorrillas.

Y llegó al paradero, esperó un rato, el bus llegó, subió y se fueron sucediendo las ya conocidas ciudades, mientras retocaba su labial y tomaba su libreta para relatar los pequeños detalles de un viaje a Puerto Montt.

Ahora solo quedaba disfrutar del hermoso verde sureño, de lo incierto de los chubascos y ahora comer las galletas que también le había dejado su madre de cocaví.

Nómbrese a Dios, como decía su abuelo, y no más cigarros hasta llegar.

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____

Viejo Sabio (Poema)

Viejo sabio de ojos tristes,
Sombra oculta tras tu fe,
Amante de niños, de perros, de chismes,
Tu te irás algún día, yo aquí me quedaré.

Hombre chico, viejo y feo
Arrugada tu piel dan ganas de correr.
Me acogiste, me cuidaste,
Me creí omnipotente y de ti me olvidé.

Corrí por mucho tiempo en busca de
respuestas,
No sabiendo que en casa tu me ibas a
querer.

Hoy he vuelto, estoy contigo y no sé
De qué otro modo te lo puedo agradecer.

Ya no importa si tu cuerpo
No respira entre las sombras

Ya no importa si está viejo,
Yo te quiero como ayer.

Tú has dejado en mi alma algo nunca
imaginado

Tú has dejado en mi vida la armonía de
la fe.

Abuelo, de ojos cansados, no llores, no
sufras

Pronto tu mano acariciaré.

Mi amor es...

Mi amor es tan mío y tan grande que casi no es tan sólo mío.

La vida me ha enseñado que la muerte es una ilusión, que nada muere, que nadie muere.

Que llevamos nuestras cruces en el alma aliadas con nuestras estrellas.

La muerte es dejar el cuerpo para esparcirse en todas las almas.

El amor engendra vida, la vida de un niño, así como la vida de los recuerdos.

Recuerdos; nostalgias sin tristeza, tesoros guardados para nuestro deleite.

Magia, amor, muerte y vida, unidas siempre

Imperceptiblemente para algunos, concretamente para otros, inexplicablemente para muchos.

_____ Jeannette Silva Zumelzu _____